

EDITORIAL

Listas de Espera

Las listas de espera se han convertido en uno de los síntomas más visibles — y más dolorosos — de los sistemas de salud. No se trata solo de números en un registro ni de estadísticas que se actualizan periódicamente; detrás de cada caso hay una persona cuya calidad de vida se deteriora mientras aguarda atención.

Esperar, en salud, no es neutro. Cada día que pasa sin diagnóstico o tratamiento puede significar el avance de una enfermedad, el agravamiento del dolor o la pérdida de oportunidades de recuperación.

En ese sentido, el tiempo deja de ser un recurso administrativo para transformarse en un factor clínico determinante.

Las listas de espera, por tanto, no son únicamente un problema de gestión: son un problema humano. El origen de esta situación es complejo. La falta de especialistas, la limitada in-

fraestructura, la mala distribución de recursos y, en muchos casos, una gestión ineficiente, configuran un escenario en el que la demanda supera con creces la capacidad de respuesta.



Esperar, en salud, no es neutro. Cada día que pasa sin diagnóstico o tratamiento puede significar el avance de una enfermedad”.

A ello se suma el envejecimiento de la población y el aumento de enfermedades crónicas, que presionan aún más a sistemas ya sobrecargados.

Sin embargo, reducir el debate a la escasez de recursos es insuficiente. También es necesario

cuestionar cómo se prioriza, cómo se organizan los procesos y qué rol juegan la transparencia y la rendición de cuentas.

La opacidad en los criterios de espera alimenta la desconfianza ciudadana y la percepción — a veces justificada — de inequidad.

No es aceptable normalizar que miles de personas vivan en una especie de pausa forzada, donde su bienestar depende de un turno que no llega.

Hay mucho que mejorar también en los sistemas de reclamos de la ciudadanía.

Un sistema de salud digno no se mide únicamente por su capacidad tecnológica, sino por su oportunidad de respuesta. Abordar las listas de espera no es solo una cuestión técnica; es un imperativo moral.

Porque cuando la atención se retrasa, no solo se acumulan pacientes: se acumula sufrimiento.